

no llegaron sino unas pocas. Hoy, como el señor almirante con su gente estaba ocupado en la fábrica de la trinchera de la fortificación, yo, con los indios gentiles, fabriqué en nuestra pequeña iglesia un muy decente altar de linda piedra.

En 29, entre los indios que nos vinieron á ver, fueron dos mujeres nuevas, de la una se juzgó tenia mas de cien años de edad y quizás ciento y quince ó veinte; se fabricó la puerta de la iglesia, mientras el señor almirante estaba con los suyos ocupado en la fábrica de la fortificación. Hoy se sangró el padre Gony, por haberse sentido algo achacoso. Estos dias vinieron unos de los edues, que nunca se habian dejado ver, desde que el señor almirante azotó á uno de la ranchería de ellos, y nos dieron razon de los demás muchachitos. A la tarde se confesaron muchos de los señores soldados.

En 30, Jueves santo, hubo muchas confesiones, y comuniones. El padre Gony, se sangró segunda vez.

En 31, Viérnes santo, en la iglesia hubo pasion y adoracion de la santa Cruz, viéndolo, y admirándolo muchos de los naturales; y hoy vinieron á vernos muchos indios nuevos, chicos y grandes, que tambien les hacian armonía las oraciones que se les enseñaban; las rezaban con los demás. A la tarde se anduvo la viasaca, así el señor almirante, como los señores soldados que no estaban de guardia, y otras personas.

En 1º de Abril, Sábado santo, hubo bendicion del fuego, &c. y misa: *A la gloria in Excelsis*, y otras cinco veces en la misa, se disparó salva con la arcabuceria y con la piezecita; cuando despues de misa se dijeron y enzeñaron las acostumbradas oraciones á los indios naturales, me dió el señor almirante como medio almud de pozole que repartirles; los demás dias se les iba dando del poco maíz, frijol y trigo, que me habia enviado la mucha caridad de los padres misioneros de Yaqui, Matape y Mayo. Vinieron dos edues, Gregorio y otro nuevo, que entre otras cosas, nos dieron noticias habia en la isla del

Cármen mucha gente y mucha agua. Hubo unas cuantas confesiones.

En 2 de Abril, dia de Pascua de Resurreccion, hubo muchas confesiones y comuniones. Faltaron en la huertecita de la esclava del señor almirante, unas cebollas; se mandó inquirir y buscar en todas las ollas de todo el real, y al señor soldado en cuya olla se hallaron las cebollas, le costó toda la tarde estar en el cepo.

En 3 de Abril, se puso un nuevo frontal en el altar, confesó y comulgó uno y muchos de los que se hallaban achacosos, se hallaron con mejoría, particularmente el padre Gony, de manera que el dia siguiente pudo decir misa.

En 4 de Abril, así hoy como los dias pasados, los indios é indias naturales, chicos y grandes, acarrearón muchísimas piedras para la fortificación é iban ellos mismos con las barras á quebrarlas; y no se les daba mas que por tres viajes ó grandes piedras, un puñito de maíz ó de pozole cocido en agua y quedaban gustosos. Por la tarde vinieron los edues Antonio, Eusebio, Francisco Jávier, Luis y otros, aunque los demas no subieron al real esta tarde. Por la noche los hijuelos de los naturales de la cercana ranchería de San Bruno, tuvieron muchas fiestas gentílicas, danzas, canto y gritería.

En 5 se trabajó á raja pulmon en la fábrica del fuerte que se continúa asiduamente, ayudándonos con el mismo empeño los gentiles, nuestros amigos inseparables, didius y edues que habian llegado con profusion á este real, y entre ellos muchos nuevos de la una y otra nacion. Hoy, durante el dia, hubo no sé que pendencias acerca de la suma escasez de los bastimentos y raciones que se daban, y á uno le costó bastonazos de mano del señor almirante; y pues las indias tortilleras estaban cansadas y enfermas sin poder moler, ni hacer para todo el real á siete torillas al dia como de ordinario se acostumbraba cinco para el señor almirante, tres para comer y dos en la cena; dáse á cada uno en lugar de ellas, una libra de harina de trigo, y de

ellas se hacen las tortillas á los de la infantería; lo demas se compone una racion de una libra de carne, media libra de frijol y su manteca proporcionada á cada uno para el condimento de sus comidas diarias; mas como durante esta cuaresma ha habido raciones de pescado y camaron que la goleta Capitana nos trajo de Hiaqui, teniamos con todo carne bastante para este mes de Abril y tener á media racion de carne á nuestra corta garnicion. Acerca del maiz se decia habria como ochenta fanegas y bastante frijol, aunque el maiz se iba picando por el mucho gorgojo que habia. Mientras hoy dia yo estaba delineando un mapa de las misiones de Sinaloa y Sonora, me preguntaban los naturales lo que era aquello; y cuando les dije y señalé las rayas y líneas que indicaban los rios, cerros y pueblos y la mar de nuestras tierras de Sinaloa y Sonora, les cuadró mucho el ver y saber de la muchedumbre de rios caudalosos, pueblos, maiz y vacas que les dije habia en aquellas tierras orientales de nuestra pertenencia; y tambien mucho se alegraron cuando les dije que de allende el mar debian arribar en estas playas y dentro muy pocos dias, procedentes de Europa, tres navios cargados con profusion de municiones de boca y guerra, atravesando el inmenso trecho que nos dividia la distancia, por el poder de lo Sumo, el viejo del nuevo mundo hasta estas Californias ó Carolinas; y fué tanto lo que gustaron de ver este mapa, que los primeros que habian oido su esplicacion, despues lo iban diciendo y explicando con mucha claridad á otros que venian y lo estaban examinando.

En 6 de Abril, envió el señor almirante con cuatro barriles á traer dos cargas de agua al aguaje de San Isidro, particularmente para alivio de los enfermos, pues el agua de este real de San Bruno, se iba poniendo algo gorda y salobre; iban tres señores soldados y un indio mayo. Dije misa, y me determiné con esta ocasion ir á ver lo que habia de los indios de la ranchería de San Isidro, chicos y grandes, me vinieron acompañando cuatro indiezuelos naturales, eran los tres de esta ran-

chería de San Bruno: Juanillo, Fernandillo y Manuelillo, y otro llamado Marcos de la ranchería de San Isidro, que solia vivir acá con nosotros. El otro Manuelillo seria como de tres años, pero sumamente vivillo y cariñoso, y muy querido de todos los nuestros, y me instó tanto le lleváramos con nosotros, que me fué forzoso tomarle en mi caballo; llegamos como á las diez de la mañana al aguaje de San Isidro, hallamos en él dos indios que luego se retiraron y huyeron á la ranchería: á ella tambien fuimos nosotros, hallamos muchos muchachitos y muchachitas y tambien muchas mujeres, pero hombres ningunos, y nos dijeron que ellos habian ido á la tierra adentró á buscar que comer. Al principio todos estos chiquillos y tambien las mujeres, se iban huyendo, aunque luego que les dije traia maiz, se detuvieron y me vinieron á rodear en gran número: á todos di unos puños de maiz, pedacitos de tortilla y panocha, que de esto gustaron muchísimo, y cuando de ahí á un rato volvimos al aguaje, nos vino siguiendo casi toda la ranchería; luego que llegamos les hice poner á todos de rodillas y rezar las oraciones, que lo hicieron con linda puntualidad; volví á repartirles maiz, mandé encender lumbre y con ella lo tostaron y se lo comieron algunos de ellos; otros se lo guardaron y llevaron á la ranchería. Es tanta la docilidad de estos indiezuelos, que aun sin mandárselo ó decirles palabra, á su tiempo iban á traerme el caballo: aunque así las mujerea como los muchachitos, pedian quedáramos á hacer noche en sus rancherías, les dijimos volveriamos de allí á unos dias; se consolaron y nos despedimos, llevando por algun espacio del camino unos de los chiquillos á caballo, como lo pidieron con instancia; y dejándolos para que se fueran á su ranchería de San Isidro, proseguimos el camino de vuelta al real con los cuatro indiezuelos, Marcos, Juanillo, Fernandillo y Manuelillo, que así ahora en la vuelta como en la ida, nos iban enseñando la mucha flor de pitahaya que en todas partes habia, con grande consuelo suyo por las esperanzas de las muchas pitahayas que habia de haber,

y que nos traerian muy muchas al real: á él llegamos como á las dos de la tarde, y se estaba acabando el segundo baluarte.

En 7 de Abril se delineó y empezó el tercero y último baluarte: trabajaban como siempre, muchísimo, los indios edues y didius, en acarrear cuanto era menester, contentándose con recibir unos puñitos de maiz por tres viajes que hacian; unos traían tres grandes piedras del monte, otros tres viajes de barro ó zoquite para las paredes, y muchas veces iban ellos mismos á arrancar las piedras con las barras de fierro.

En ocho de Abril hubo dos grandes alegrones en el real de que se dijo venia la balandra, el uno por la mañana al tiempo de la primera misa, cuando el que estaba de centinela dijo habia oído hácia la mar, como un tiro de alguna pieza ó cámara, y pareció no ser sino la balandra, pero debió ser algun golpe de mar contra las peñas. El segundo fué á la tarde, cuando los edues empezaron á mirar hácia la mar, señalando á la parte del Sueste, de donde se aguardaban las embarcaciones; empezaron los unos á los otros á enseñarse que habia alguna cosa buena extraordinaria; y entendimos al principio debian de ver algun navío, pues tienen estos indios una vista perspicacísima; pero no fué sino una pequeña humareda en señal de una gran pesca que habian hecho los naturales que estaban pescando en la mar, á donde acudieron á gozar de ella todos; y no se quedaron en el real, sino cuatro ó cinco muchachitos, y entre ellos el uno llamado Luisillo de nacion edu: me dió hoy un singular consuelo, que aunque era como recién llegado, y habia mas de tres meses que no habia estado por acá, sino unos dos ó tres dias, entrando en mi aposento pasó mas adelante hasta el otro donde estaba un cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe, y puestas las manos con toda modestia y devocion, mirando atentamente aquel rostro divino, rezó el bendito y alabado, sin mandárselo ni decírselo ninguno: asimismo muchos de los mucha-

chitos naturales, hablan muchas palabras en caste llano los unos con los otros, como diciendo: ven acá, siéntate aquí, toma muchacho, ¡válgame Dios! uno, dos, tres, cuatro; y cantan tambien unas coplillas en romance: traen leña, agua, etc., y unos iban aprendiendo á cantar la Salve y á conocer las letras del A, B, C, y todo con grandísima docilidad y viveza, y no solamente cuando les preguntaba yo ú otros ¿quieres que te bautice? respondia cada uno, sí, padre; y á los demas señores, sí señor, sino que varias veces venian á decirme: padre Eusebio, bautízame; y les respondia en su lengua, que sí los bautizaría en viniendo los navíos que aguardábamos con muchos bastimentos.

En 9 de Abril vinieron con sus chiquillos unas cuantas mujeres, que nunca sino hasta ahora habian visto el real, y se admiraban de ver la iglesia y otras cosas nuestras: todas, con los demas, rezaron las oraciones. Hoy se reparó que faltaba la santa cruz de la mar en su lugar; despues, á la tardecita, supimos que estaba despeñada á la orilla de la mar; determinamos ir al otro dia temprano por ella y traerla al real.

En 10, el lunes, muy de mañana al amanecer, y antes de decir misa, fuimos á caballo el señor almirante y yo con otros cuatro soldados y cuatro muchachitos, indiezuelos naturales, á la mar en busca de la santa cruz; y de estos muchachitos supe individualmente, quién, cuándo y cómo habian quitado la santa cruz, que habia sido el indio Francisco, uno alto de estatura, que desde que flecharon los carneros nunca habia venido al real; y se dijo que él habia sido el mas culpable entre los reos; y aunque habia querido venir al real, como le dijeron, que el señor almirante le queria matar, se quedó retirado en sus pescas y cometió la maldad de quitar la santa cruz de su lugar y tirarla despeñada á la mar. Nosotros antes de llegar á la mitad del camino, llegamos al atillo á donde habia estado la santa cruz y la hallamos despeñada un tiro de piedra lejos de su lugar y junto al agua de la mar, sin haberse siquiera mojado, con

los brazos hácia abajo y el pié arriba arrimado á la peña. Bajamos por ella, apeándonos: la adoramos, y le rezamos puestos de rodillas e' himno

Luxtra sex qui Sam peregit, &c.

CruX fidelis inter omnos

Arbor una nobilis

Silva talem una profert.

Fronde, flore, germine, &c.,

Sola digna tu fuisti

Ferre, mundi victima, &c.

Era esta la cruz que los mismos gentiles, los dias pasados, como queda referido, habian puesto; y nos dirijimos con ella al real y la quiso tomar en su caballo el señor almirante; la pusimos en la iglesia para ponerla despues en el baluarte principal, y torreon de la fortificacion y dije misa. Y despues se prosiguió en la obra y fábrica de la fortificacion, dejando el castigo del reo Francisco hasta la venida de los navios, gente y bastimentos para no ponernos ahora, quizá, en guerras y quebrantamientos de paces; pues no parecia ninguno de los demas naturales, tenian culpa de la quitada de la cruz, sino solo Francisco, pues todos vivian con nosotros en suma amistad y paz, así los chicos como los grandes, ayudando en la fábrica y en todo cuanto se les pedia, como si desde muchísimos años hubieran siempre sido nuestros mas íntimos amigos. A la tarde, el mismo Francisco vino hácia el real y dió de regalo un bien grande pescado al sargento Ignacio de Abadía; y quería ayudar á acarrear piedras y zoquite como los demas naturales, subiéndolas al real; pero le dijeron no lo hiciera, porque si subia el señor almirante le mataria. Cuando veniamos de vuelta de la mar con la santa cruz, enviamos de camino á un indio de Mayo á derribar un

grande cardon que de tal manera estaba en un altillo que, mirado desde el real, parecia un árbol mayor de navío que venia por la mar y habia ya dado unos alegrones engañosos; y supimos que el dicho indio nos alcanzaria en el camino, pero no vino al real sino unas horas despues, y nos dijo que ya habia hecho y plantado la cruz; y es que entendió eso era lo que se le habia mandado: con que quedó ya hecha hoy mismo y plantada otra cruz; sin duda mas por disposicion divina que humana. Como á las nueve de la noche tuvieron los indios naturales en su ranchería un grandísimo llanto con ahullidos que duraria mas de media hora; y pregunté á los que se hallaban en nuestra casa de la Compañía, qué era lo que aquello significaba y si alguno habia muerto; y me dijeron que no habia muerto ninguno. Ni por entonces pudimos saber lo que significaba tanto llanto.

En 11 de Abril, dicho indio Francisco con su mujer, Magdalena, me envió á pedir un poco de maiz, que iria á pescar y me corresponderia un tanto con el fruto de su pesca; con efecto, le envié carne y frijol, suponiendo que lo que habia hecho con la cruz no seria ni podia ser malicia formal, pues todavia no habiamos tenido palabras ó lengua, con que se les hubiera dado á entender el misterio de la Redencion humana en el santo madero de la cruz; sino que temeroso no se le hiciese algun mal, como se lo tenian amenazado, quitaria la cruz de aquel paraje para que no tuviésemos cosas nuestras y comercio en aquellas partes de las orillas del mar, que eran pertenecientes á su ranchería. En el ínterin, hoy descascarámos y pusimos mucho mas hermosa la cruz, que trajimos de la mar, ayudándonos á dicha faena, y con sus machetes, los gentiles mismos: Estevan, de la ranchería de San Juan y Diego de la de San Isidro; y tambien á estas mismas horas otro jóven de esta última, me dijo que el que habia sacado de su lugar y arrojado al abismo al palo santo, habia sido, no Francisco sino otro que llamábamos Salvador, y era gran pescador, que tambien algunos le lla-

maban el Busso y actualmente se hallaba en el real y tenia su arco y flechas en mi aposento. Y como avisé al señor almirante para que no se castigara á Francisco sin que estuviéramos ciertos de ser él el delincuente, luego que el señor alférez Contreras le preguntó á Salvador si él habia quitado la santa cruz de la mar, dijo que no; lo cierto es que el susodicho Salvador era uno que dias pasados, por haber ayudado á poner dicha cruz, recibió premios y regalos, y reconoció que era de nuestro gusto que la repetida cruz se quedara puesta; y que juntamente, ahora tres dias recibió, no sé que disgustillo del señor almirante, y que quizás con quitar la cruz quiso vengarse; pero aunque luego le preguntamos si él habia sido el motor de la desaparicion de la repetida cruz de su lugar, vino á sacar su arco y flechas de mi aposento, se quedó casi todo el dia en el real, ayudando en acarrear leña, agua, piedras y zoquite. Juntamente supimos hoy de los didius que su llanto de anoche lo habia causado unas pedradas que les habian tirado, y muchos palos que les habian dado los edues; que por eso dichos edues se huyeron á sus tierras y no pareció hoy ninguno de ellos en el real.

En 12 del mismo. Al tiempo que se trabajaba muy mucho en la fábrica de los baluartes, el indio natural llamado Andrés, al venir cargando una piedra muy grande para la obra, se lastimó en un pié de cuya leve herida derramó copiosa sangre recibiendo el auxilio y consuelo de nuestro aprovechado cirujano, haciéndole hacer cama en nuestra casa de la Compañía. En el ínterin, al anochecer, tiró un señor soldado un palo á otro indio llamado Marcos, que con su punta le lastimó mucho en las espaldas que parecia tenia herida de espada, y derramó mucha sangre que le corria hasta el suelo. El señor almirante castigó al soldado con unos bastonazos á presencia del herido Marcos y le mandó echar en el cepo; y mandó curar al herido que con causa lloraba, y á sus llantos salió Andrés, que estaba en mi aposento, á verle y saber lo que podia haber sucedido y de qué

manera; consolados, pues, y edificados ambos por el castigo aplicado y con oportunidad al atrevido y satisfaccion de que se le curaba, regresó contento rebozando en su sencillo y comun orgullo; ambos heridos vinieron, y acompañados de varios indiezuelos, hicieron todos noche en nuestra casa de la Compañía á donde, y arreglado á su posicion, se les sirvió su cena y lo pasaron con bastante socioego, descanso y con notable mejoría.

En 13, comimos melones de la California; y aunque se dieron pequeños por los meses pasados por causa del mucho frio, tenian muy lindo olor y muy sabrosos. Un indio didiu, que los dias pasados habia estado haciendo una muy graciosa y guapa corita á un señor soldado, como las hacian muchos otros naturales á muchas de las demas personas de esta empresa; antes de acabarla se fué con ella y muchos entendieron que no se habia de dejar ver tan presto y que se podia tener por perdida la dicha curiosa corita; pero habia cuatro dias que habia ido por mescales, y hoy al medio dia la trajo concluida ya y la entregó con puntual cumplimiento á su dueño á quien la tenia prometida. Le pusimos por nombre Ermenegildo, pues era el dia del santo.

En 14 y 15 de Abril, vinieron tres ó cuatro indios nuevos y tambien un edu. Al tiempo que se estaba fabricando en la fortificacion con lo muchísimo que siempre ayudaban en ella los naturales, un esclavo del señor almirante dió ocasion á que una perra de su amo mordiera á un indio natural, y rompiéndole con los dientes una vena, le salió mucha sangre; le curó el cirujano y se fué á su ranchería de San Bruno. Hoy y ayer observé y pesé el sol con cuadrante y astrolabio, y hallé que este real estaba en 26 grados y 10 minutos de altura.

En 16, se animó el padre Gony, que los dias pasados habia estado achacoso, á decir misa al dia siguiente.

En 17 se purgó. Trabajóse asiduamente hoy en la fábrica del cuerpo de guardia, que se hizo de adobes, ayudando como

siempre los gentiles, hombres y mujeres, chicos y grandes, en acarrear cuanto se quería. Vinieron unos de los que muchos días antes no nos habían venido á ver; entre ellos Leopoldo y unos jóvenes con un único edu: el Santiago. Estos días á unos de los mas domésticos muchachos les enseñé y mande enseñar el abecedario y era de admiracion la muy grande docilidad; que aun los chiquillos de cinco á seis años lo aprendian, y aunque al principio les salia algo dificultoso el pronunciar la F, la S y tambien la R, pues en su lengua no las tienen, luego vencieron la dificultad y los unos las enseñaban á los otros, con notabilísima inclinacion de ocuparse en aprender cuando les podíamos enseñar, y estábamos gozando de mucha paz y sociogo, y muchos de día y noche tocando vihuelas y arpa, aunque se proseguia con las tres centinelas de día y de noche, y algunos juntamente se quejaban de la poquedad de los bastimentos y que era algo corta la racion que se daba, y se reparaba habia de ser presto mas corta, pues esta semana se acababa de dar racion de carne, que desde pascua de Resurreccion habia sido cada día de media libra de tasajos á cada uno.

En 18 y 19 vinieron á vernos tres ó cuatro nuevos de la tierra adentro, los llamamos Miguel, Jusepe y Juan, el mas viejo quedó mucho tiempo en mi aposento, mientras estaba haciendo ostias, todavía con harina de trigo de Hiaqui; pero con esperanzas de hacerlas presto con trigo de la California, pues el poco que algunos habíamos sembrado ya estaba con espiga y empezaba á tener grano; díjonos este viejo Juan que habia gente, señalando hácia los edues que no nos querian y deseaban que nos fuéramos, pero que él y los suyos didus nos querian y amaban y que gustaban que viviéramos y quedáramos en estas sus tierras, rezaron las oraciones con los demás, y ayudaron en la obra de la fortificacion, en acarrearlos piedras, zoquite y zacate para las bestias, agua y leña como los demás.

En 20 entré á la ranchería de San Isidro, acompañado de dos soldados, y de seis indiezuelos naturales Juanillo, Nicola-

sito, y Manuelillo de la ranchería de San Bruno; y Simon Andresito y Luisillo de la misma ranchería de San Isidro. hallé aun mas chicos y grandes, hombres y mujeres que otras veces y con suma amistad entre ellos era Leopoldo, Vicente, Isidro, Mariano y otros muy conocidos en el real; dijeron todos de rodillas las oraciones, así en la ranchería como despues un poco mas adelante en el aguaje, les repartí el poco de maiz que llevaba en los cojinillos, una poca de carne y tortillas y fueron cosas que estimaron en mucho y cuando estaba para despedirme para la vuelta al real, me preguntaron que cuándo volveria otra vez á su ranchería y diciéndoles yo que en ocho días, dijo uno que volviera de ahí á cuatro días, otro dijo que volviera de ahí á tres días, y Leopoldo dijo que volviera de dos en dos días, que tenían hambre; me ofrecieron de su miel silvestre y tenían muchas higuanas que traian del monte y otras frutillas y semillas de yerbas. A la vuelta encontramos á un indio de dicha ranchería de San Isidro llamado Matias, que iba con una redesilla ó taleguita llena de ostion que traia de la mar y otros iban con unos trozos de pescado que hoy habian matado y salado en la mar. Así cuando salí del mar como cuando vine de vuelta de San Isidro, salió de su ranchería de San Bruno á verme y á hablarme Francisco y Pablo, que eran los que desde que nos faltó la mula del padre Gony no se dejaban ver en el real, pues el señor almirante les amenazaba con un grave castigo, pidieron y les di un poco de maiz.

En 22, la santa cruz que la semana pasada trajimos de la mar, se puso en el principal baluarte ó torreón de la fortificacion y al dicho torreón se le pusieron las vigas ó morillos para su techo de terrado.

En 23 se reparó que habia muy pocos ó casi ningunos indios naturales que ayudasen como solian en la obra de la fábrica, y á traer zacate, leña, agua, &c, y aquellos pocos parecia trabajaban de mala gana, puede ser era la causa de que las pagas eran cortísimas y quizás no muy puntualmente dadas, pues con-

sistian en dos ó tres tortillas y unos puñitos de pozole; repartidos entre treinta ó cuarenta ó mas personas, y particularmente de la ranchería de San Isidro no habia ningunos indios, y se sospechó se habian retirado intotum; pero se aumentaron las pagas y se les empezó á dar con una poca mas liberalidad, particularmente el pozole, pues teniamos todavía como setenta fanegas de maiz.

En 24 vinieron muchos naturales tambien de San Isidro, chicos y grandes, hombres y mujeres y entre ellos Leopoldo, Ermenegildo é Isidro, &c., se trabajó muy mucho en la fábrica del último baluarte, se le pusieron las vigas y morillos, pues dentro de este baluarte, así como en los otros dos, habia como un capaz aposento en que se pudieran poner bastimentos y otras cosas y se cubria con buen terrado.

En 25, día de San Márcos, envió el señor almirante cuatro soldados al aguaje de San Isidro á traer agua de la mas buena para los enfermos de sed, y pedir con ellos para ver, agasajar y enseñar las oraciones á los chicos y grandes de aquella ranchería; pero no lo pude conseguir. Hoy saqué y enseñé á los indios nnas cuantas láminas, estampas ó imájenes, de la vida, pasion y resurreccion de Nuestro Señor; y de otros animales y pájaros, y gustaron muchísimo de verlas, y nosotros muchísimo de ver la docilidad con que en aquellas imájenes, que las colgué al rededor de mi aposento, aprendian á conocer y decir, así en castellano como en su lengua, cuál era Nuestra Señora, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; el Santo Niño, San José, Santa María Magdalena, el Santo Cristo, los Santos Apóstoles, etc. El San Sebastian con sus flechas, el santo Angel de la Guarda, que como estaba pintado ó delineado con un chiquillo á su lado, dijo con suma viveza un muchachito de los naturales, de tres ó cuatro años de edad llamado Manuelillo, que aquel chiquito pintado al lado del santo Angel de la Guarda, era Manuelillo; cuando veían algunas imájenes de algun padre de la Compañía, como fueron de San Francisco Jávier,

del padre Trejelio, etc., decian que eran el padre Eusebio y les hablaban, haciéndoles algunas preguntas como se suelen hacer á personas vivas; tambien gustaron mucho de ver pintadas en unos papelitos unas cazas de leones y venados entre los perros y cazadores á caballo y á pié, una grande variedad de muchos pájaros; y todo eso nos dió linda ocasion de apuntar muchas palabras de la lengua de esta California, para mayor instruccion nuestra y de estos naturales.

En 26, con ocasion de las láminas, sacamos de los naturales lo que en su lengua quiere decir Resurreccion y subir á los cielos, y otras palabras muy útiles y necesarias para explicar tan principales misterios de nuestra santa fe; y con esto les explicamos que Cristo Nuestro Señor, habia resucitado y subido á los cielos, y que nosotros habiamos de resucitar.

En 27, á la tarde, bajé á la ranchería de San Bruno, dí un poco de maiz y carne tasajeada á los chicos y grandes de ella, y les enseñé las oraciones; en el ínterin vinieron muchos indios de la mar y de la pesca; uno, llamado Martin, traía un pescado grande, que pesaria como dos arrobas; él y Francisco y otros, me dieron pescado y hostiones, así á mí como á los dos señores soldados que habian venido conmigo; y á la vuelta al real me acompañó un edu, que dió hostion á uno de los señores sargentos, y hacia muchos días, que si no era él y Santiago, ningun otro edu se dejaba ver por acá. Estos días empezaron unos muy buenos vientos Súres y Suestes, y habia poquísimos Nortes, Nordeste y Noruestes, y así nos consolamos de que pronto vendrian por acá los navíos, pues desde fines de Abril (pero no antes) parecia entraba lindo tiempo para venir de la Nueva-España, vgr. de Matanchel ó Chacala á estas Californias ó Carolinas; y aunque por dos ó tres días de la semana pasada habia hecho un poco de calor como si estuviéramos en tierra caliente, ahora y lo demás del tiempo era muy templado y bueno, y no habia enfermedades de cuidado.

En 28 vinieron á vernos tres naturales nuevos, un hombre y

una mujer con un chiquillo, que tendria como ocho dias y le traían envuelto en un pellejo de liebre; así el hombre como la mujer rezaron de rodillas las oraciones con los demás; antes de medio dia vinieron siete muchachitos de la ranchería de San Isidro, Ignacio, Sebastianillo, Antonio, Márcos, Isidro, Damian y Valeriano; y me preguntaron que cuándo iria á San Isidro, deseando mucho que fuera con ellos cuanto antes; les dije iria de aquí á tres dias; quedaron contentos y dijeron que aguardarian para que fuéramos juntos, y quedaron todos á dormir en casa de la Compañía, con otros cinco de esta ranchería de San Bruno. A la tarde, los naturales trajeron mucho pescado al real y hostion; y Francisco el alto subió hácia el real hasta los baluartes, y dió por dos veces mucho pescado á muchos de la infantería, que les solian dar del frijol y tortillas que les sobraba de las raciones, y se hacian lindos platos de pescado y hostion fresco.

En 29, enseñé y dí á los indios naturales una pelota de hule, y les cuadró muchísimo el entretenerse con ella, y se admiraban de los brincos que daba, como de cosa nunca vista.

En 30, los naturales de San Bruno pasaron con toda su ranchería á esta banda del rio, y así vivian muy pegados al real, y de dia y de noche estaban con nosotros. Hoy ofrecieron en el altar de Nuestra Señora de Guadalupe, una notable cantidad de habas que se habian dado en una huerta de esta tierra de la California, &c. Despues de misa fueron dos señores soldados á la mar: hallaron multitud de indios pescando, y á la sazón acababan de sacar un pes bien grande; les dieron unos trozos de él de muchas libras que los trajeron á este real, á donde otros naturales se estaban entreteniendo con el hule. A la tarde con tres señores soldados en dos bestias del padre Gony y una de D. José de Oya y otra mia, fuí á la ranchería de S. Isidro, me acompañaron tres indiezuelos de dicha ranchería: Isidro, Antonio y Sebastianillo y Manuelillo de San Bruno: luego que llegamos á su aguaje salieron de la ranchería á vernos todos,

chicos y grandes; les enseñé las oraciones y les di maiz, tortillas, carne y panocha aunque en poca cantidad, pues era todavía de lo que me habian enviado los padres de Hiaqui, Matape y Mayo; se quedaron muy contentos los chicos y los grandes, y volvimos á buena hora al real de San Bruno.